

MIGUEL ARTECHE:

"Somos responsables del destino de los demás"

Cumplió 70 años y asegura que le persigue el número siete. En su escritorio hay una foto de un niño de siete años que no es otro que el propio Miguel Artache, que ahora sólo ha agregado un cero al siete. En un discurso respuesta a la celebración de su cumpleaños, expresó que seguirá siendo como un niño "porque el poema no es sólo la unidad de las palabras; es la unidad del hombre".

Vive en una casa con un jardín que ahora en invierno espera la resurrección de la primavera. Le gusta refugiarse en su pieza de trabajo donde está rodeado de centenares de casetes de buena música, de un tablero de ajedrez, muchos libros y de una desconocida foto de Gabriela Mistral a los 32 años. También hay una reproducción, en un gran pergamino, de su poema "Agua". Viste casi siempre de negro y da la sensación de ser un cura párroco. No le gusta esa apariencia que le atribuyen. Declara que es cristiano pero también profano y enemigo de los dogmas.

Es padre de siete hijos—cuatro hombres y tres mujeres—abuelo de una media docena de nietos y marido "de una sola esposa". Se le considera uno de los más importantes poetas latinoamericanos surgidos de la generación del 50 aunque no se reconoce como integrante de ninguna generación.

En 1964 fue elegido miembro de la Academia de la Lengua y fue subdirector de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Ha obtenido numerosos premios nacionales e internacionales. Es autor, entre otros títulos, de "La invitación al olvido" (1947), "El sur dormido" (1950), "Quince poemas" (1951), "Doctores y tiplebas" (1963), "Hasta poética" (1966), "Noches" (1976), "Fénix de la madrugada" (1994). También ha incursionado en la novela con "La otra orilla" (1964), "El Cristo hueco" (1969), "La disparatada vida de Félix Palases" (1975), "El año negro" (1992). Asimismo, sus ensayos y estudios literarios son numerosos y también sus trabajos periodísticos publicados desde "El Mercurio" hasta "Punto Final" en la actualidad.

Le gustan los tangos y conversar con amigos. No le asusta la polémica y dice lo que piensa sin ambigüedades, habla sin prisas y sin ninguna exaltación. Reconoce que es apasionado, pero justo. Esta entrevista es una prueba de que así es.



¿Cómo definiría su poesía? ¿Son fáciles las definiciones?

"Definir la poesía que uno escribe es muy difícil. Me han hecho esa pregunta muchas veces. Prefiero que eso lo hagan otras personas. Además, ninguna trayectoria tiene estancias definitivas. Uno puede tener una posición sobre lo que escribe durante un período, y años después los contenidos y la forma pueden ser diferentes".

¿Entonces su primer libro no tiene nada que ver con el último?

"La verdad es que mis primeros libros son muy débiles. Creo que recién a los 26 años comencé a escribir una poesía que yo mismo personal. Las obras que publiqué entre 1947 y 1951 son de búsqueda y no han sido pensadas por mi autocrítica. A parte

de un poema que se llama "Quevedo habla de su lugar", mi poesía adquiere el perfil de ahora".

¿Es usted un poeta metafísico?

"En el sentido cristiano sí, pero no en lo filosófico. Pienso de dos realidades diferentes: la verdad de carne y hueso y la realidad de una persona que trasciende".

¿Cuando se hacen referencias a sus libros se dice que Artache es un poeta de profundo cristianismo. ¿Es un lugar común o es cierto?

"Esas referencias se acercan a la verdad. Sólo habría que suprimir el adjetivo. Eso de 'profundo' me agrega una dimensión pretenciosa. Soy un cristiano muy imperfecto".

¿Usted nació en Nueva Imperial, en la

misma región de Juvenio Valle, pero aunque son del mismo paisaje casi nada tiene que ver el uno con el otro.

"Juvenio nació más allá, en Almagro, una aldea. Yo nací en la ciudad. Es cierto que somos del mismo paisaje y que nuestras respuestas son muy diferentes. Juvenio es parte del modernismo y su visión del paisaje del sur es muy hermosa, pero no es el paisaje del sur: son los escenarios de un paisaje propio, montado sobre la realidad de su lugar de origen".

¿Qué diría de sus años juveniles y de su familia?

"Ya está dicho que nací en Nueva Imperial en 1926. Mi padre era un resplando del blanco de Chile que había sido trasladado a ese lugar. No lo conocí. Murió cuando

yo tenía cuatro años. Mi madre se fue con la familia a Santiago en 1934 después de vivir algunos años en Temuco. Ella era vasca y tomó su apellido cuando escribí mis primeras poesías. Me envió a vivir a Los Angeles en la casa de mi tío Gonzalo Artache, cura párroco de esa ciudad. De manera que mi infancia y adolescencia transcurrió geográficamente en el sur".

¿No le atrajo Santiago?

"Inevitablemente tuve que venir a Santiago para continuar mis estudios. Pero nunca he podido acostumbrarme. Me parece una ciudad caótica y desagradable. Cada vez más ha perdido toda gentileza: es agresiva, hosca. Por eso mi edén es la casa que ocupé desde hace 33 años. Me siento a mis anchas en mi jardín, en mi escritorio. Allí he visto crecer a mis siete hijos. Me resulta ingrato salir al centro".

POETA SIN GENERACION

¿Al comienzo escribía versos en secreto?

"No, en absoluto. Mi descubrimiento de la poesía fue relativamente tardío. Sólo a los 18 años leí una antología de José Ricardo Morales que se llamaba "Poesas en el desierto". Recogía poemas de la generación española del 27. Ese libro me abrió bruscamente el mundo de la poesía. Y cuando hice ese descubrimiento tuve la certeza de que iba a escribir poemas buenos o malos. En eso estoy desde hace más de medio siglo. Mi primer libro se llamó "La invitación al olvido" y se publicó en 1947".

¿Es verdad que intentó ser abogado?

"Sí, estudié en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile entre 1945 y 1948. No era mi vocación. No soy profesional universitario. Me gustó la vida durante diez años en la sección bibliotecaria y archivo de "El Mercurio". Fui también secretario del rector Juan Gómez Millas en la universidad. Estudié tangencialmente literatura en Madrid y estuve durante seis años en el servicio diplomático. Fui agregado cultural en España desde 1965 a 1970 en el océano del franquismo".

¿Fue una buena experiencia?

"Me dedicué a divulgar la cultura chilena. Por cierto no consultaba con el régimen de Franco y su oscurantismo. Pero allí estaban los españoles siempre alegres, charlatanes y generosos. Todavía me recuerdan los múltiples amigos que dejé".

¿Cuál es la relación con su generación?

"No me siento integrante de ninguna generación. En Chile no existen las generaciones a la manera europea. Sólo hay escritores que realizan su trabajo aislados. No obstante, me impresionó la obra de algunas figuras que podríamos llamar de mi generación: la poesía de Efraim Barquero, Jorge Trillán, Enrique Lihn, Alberto Rabio y la tradición y la prosa de Alfonso Calderón".

¿Conoció a Neruda, Huidobro, de Rokha?

"No conocí a Huidobro ni a Pablo de Rokha. Nunca quise acercarme a Neruda porque había en torno a él una atmósfera de idolatría que no acepto. No tengo afinidad con ninguno de ellos. Mi similitud poética parte con Gabriela Mistral. Es la más grande poeta de Chile y tal vez del continente. Mis raíces están en su obra. Ella es mi punto de partida. Admiro su poesía y su posición ética".

"Somos responsables del destino de los demás" [artículo] Luis Alberto Mansilla.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Mansilla, Luis Alberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Somos responsables del destino de los demás" [artículo] Luis Alberto Mansilla. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile